

XLIV.

¡Tú lo has dicho!

Creemos haber dicho otra vez que Ramon, como la mayor parte de los hombres que son calaveras ó quieren hacerse pasar por tales, tenia muy buen corazon.

La escena que habia tenido lugar entre María y él le habia impresionado vivamente.

Resuelto á curar á Mauricio de su amor ideal y extraño por la hija de don Jorge, y prescindiendo de la primera idea que habia tenido y consistia en poner cuantos medios estuvieran á su alcance para que Luisa correspondiera al amor de su amigo, se prometió curarle haciéndole amar á María.

—Son un par de locos—decia—que se entenderán perfectamente.

El buen jóven no podia comprender el amor de la manera que Mauricio y María le comprendian. Para él, las citas por el balcon, los paseos, los pañuelos, las cintas, las cartitas, las

calabazas dadas ó recibidas, y vuelta á empezar con otra, como decia cuando exponia sus teorías á sus compañeros, constituian toda la poesia del amor, miéntras que llegaba la época terrible de echarse la cruz del matrimonio á cuestras; á lo que era preferible, agregaba, un dogal al cuello y colgarse del asta bandera de Catedral.

Con esas ideas, que á fuerza de repetirlas á los demas habian llegado á ser las suyas, estaba verdaderamente sorprendido de encontrar en Mauricio y en María un amor de calidad tan diferente del que conocia; llamaba locura á ese modo de amar, pero comprendia perfectamente que en el grado de exaltacion á que habia llegado en los dos jóvenes podia ocasionar la muerte de alguno de los dos ó de ambos; y despues de mucho discurrir, imaginó un plan, infalible, segun él, para sacar á Mauricio de la atmósfera en que vagaba, y acercarle á María para que se confundieran sus dos almas y en el amor ardiente de la pobre niña olvidara el que Luisa le habia inspirado.

Ramon no era hombre que ponía muchos dias entre la idea y la ejecucion. Apénas se dió tiempo para consultar con la almohada, como se dice vulgarmente, su proyecto, y al dia siguiente muy temprano fué á buscar á Mauricio como en los felices dias en que iban á hacer su estacion frente á los balcones del señor Franco.

—¿Qué andas haciendo por acá tan temprano?—le preguntó Mauricio al verle.

—Ya lo ves, vengo á buscarte; tenemos que hablar.

—¿Te ha pasado algo grave?

—A mí nó precisamente, pero á uno de mis amigos si; y vengo á consultarte.

—¿A consultarme tú á mí?

—¿Por qué lo extrañas? En este asunto nadie mejor que tú puede darme un consejo. Despáchate y salgamos; hablaremos en la calle.

Mauricio acabó de pasarse un cepillo por la ropa, tomó su sombrero, fué á despedirse cariñosamente de don Márcos y sus compañeros, costumbre afectuosa á la que no faltaba nunca, y los dos amigos, tomados del brazo, echaron á andar por la calle.

El primero que rompió el silencio fué Mauricio.

—Dime lo que te pasa, Ramon, que por el aire de misterio que llevas parece que ha de ser cosa grave.

—Y vaya si lo es! Figúrate que se trata de la felicidad de dos personas, y de la opinion que tú dás depende.

—Esto pica en historia—replicó Mauricio sonriendo.—Cuenta, cuenta.

—Figúrate, chico, que un pobre amigo nuestro está muy enamorado, perdidamente enamorado de una chicuela que no le hace ni le hará mas caso que el que te hace á tí la picarona de Luisa.

—¡Ramon!—interrumpió Mauricio—te suplico que no toques ese punto; me hace daño.

—Dispénsame, amigo mio, no encontré por lo pronto un punto de comparacion mas exacto; pero te ofrezco que no vuelvo á hacer alusion alguna á tus desgraciados amores.

—Bueno, sigue tu historia.

—Pues como te decia yo, el pobre muchacho no tiene esperanzas de ser correspondido, y como no es persona capaz de tomar el amor á la broma como yo y todas las personas razonables lo hacemos, se está desmejorando de una manera tan inaudita, que parece una espina, y no hay modo de remediarlo.

—¡Pobre!

—Eso mismo digo yó, ¡pobre! Y con mayor razon lo dirás tú cuando sepas que miéntras él está perdiendo el tiempo en suspirar y en adelgazarse por quien no le quiere ni piensa para nada en él, hay otra muchacha trescientas mil veces mas gua-

pa, mas linda, mas poética, con la única diferencia que es muy pobre, que se muere por él, y que está sufriendo tantos tormentos por nuestro ingrato amigo, como él los sufre por la ingrata señora de sus pensamientos.

—¡Habrá cosa mas rara!

—Ya lo creo que es rara! ¿verdad? ¿Tú qué harías en su lugar?

—Hombre, ya quedamos en que yo nada tengo que ver en esto.

—¡Qué susceptible estás, chico! Ese es un modo como cualquiera otro de preguntarle á una gente su opinion. ¿Qué le aconsejarías que hiciera, vamos?

—Francamente, el asunto es difícil.

—Yo no sé si pensarás de la misma manera que yo.

—¿Cómo?

—Yo creo que en buena ley y en buena justicia, un hombre de corazon que está sufriendo atroces tormentos por una mujer ingrata, y comprendiendo lo horrible de una situacion semejante, desde el momento en que sabe que otra pobre mujer sufre por él idénticos dolores debe tenderle la mano y aliviárselos. Si nó ¿conqué derecho podrá quejarse de la ingratitud de la señora de sus pensamientos, si él, mas fuerte, mas humano, de mejor corazon, porque lo primero que se le ocurre al que en semejante estado se halla es que la mujer en quien se ha fijado es una hiena y él un angelito; si él que es la quinta esencia de la bondad y de la fortaleza, repito, no se compadece de la pobre mujer á quien atormenta un amor ardiente y sin esperanza?

—Y que no puede declarar.

—Pues, circunstancia agravante.

—Pero ¿y si no le ama!

—Hombre, Mauricio, no esperaba de tí semejante disparate.

—¡Cómo disparate!

—Pues es claro, hombre; ¿quién no ha de amar á una pobre mujer que sin que se le haya dicho que tiene lindos ojos se enamora perdidamente de uno? Ellas, que siempre son mas crueles que nosotros, ó que por lo ménos fingen serlo, porque les gusta á las muy picaronas que les roguemos, basta que sepan que un hombre las quiere para que cuando ménos se lo agradezcan y se predispongan en su favor. Conque á ellos ¿qué les toca hacer en su caso?

—No dejas de tener razon.

—Me alegro de que lo conozcas.

—Pero en este caso, si el amigo de que me hablas ama á otra.....

—¿Te parece justo que prefiera la que le hace padecer á la que le brinda con su corazon y no tiene otro pensamiento que él? Aquí de tu moral, Mauricio, de esa moral que á cada paso me estás predicando cuando me echas en cara que enamoro á las niñas por mero pasatiempo.

—Pero como nadie manda en su corazon.....

—Si no hay necesidad de mandarle, él se inclina solo. ¿No te incomodas? Supongamos que tú eres la persona de que se trata.

—Ramon!

—Por un momento nada mas, hombre, no seas tan vivo de genio; desde que te estás enflaqueciendo te has vuelto bilioso. Por un momento nada mas, ¿estamos?

—Vaya que sea; siempre te has de salir con lo que quieres.

—Pues bueno; supongamos que tú amas á Luisa perdidamente y ella no piensa para nada en tí; lo que, entre paréntesis, no habla mucho en favor del buen gusto de la niña; que tú te enflaqueces, siempre suponiendo, te pones triste, ojerrudo, distraido; que lloras, que no duermes, ni comes, ni pintas,

ni hablas con tus amigos, ni haces nada de lo que ántes solias, en una palabra. Se ha de sufrir mucho en esa situacion, ¿verdad?

—Ya lo creo—contestó Mauricio suspirando.

—Seguiremos suponiendo que miétras tú tocas el violon de una manera tan soberana con tu Luisa, hay una muchacha..... ¿quién diremos? ¿te parece bastante bonita María?

—¿Qué María?

—El modelo.

—Pero qué capricho el tuyo, hombre!

—Déjame hacer; ¿te parece bonita María? la verdad.

—Ya se vé que es bonita.

—Me alegro que te guste; supondremos entónces que María, que ha estado tantos dias frente á tí mirándote miétras la trasladabas al lienzo en ese magnífico cuadro de la familia que te valió el premio, se ha enamorado perdidamente de tí y que sufre lo mismo ó peor que lo que tú estás sufriendo por Luisa. Cuando lo supieras, ¿qué harías? seguirias amando á Luisa y siendo tan desgraciado como lo eres, sabiendo que con solo volver los ojos y alargar la mano hallarias tu felicidad perdida y volverias la suya á una mujer á quien se le ha extraviado en tus ojos?

—Pero si eso no puede ser.....

—Lo es, Mauricio, lo es; los personajes son otros, pero la situacion es la misma que te he bosquejado. ¿No es verdad que deberias adorar de rodillas á María? ¿No es cierto que harias un esfuerzo supremo para romper los lazos que unen tu corazon á esa Luisa imaginaria que te has forjado y que no es la misma con quien has tropezado en el mundo, para ofrecerle libre á los piés de María, de esa mujer que te comprende y que te adora?

—La verdad, Ramon, yo no puedo ser juez en esta cuestion,

—¿Cómo que nó? ¿No tienes alma en el cuerpo?

—Sí, pero ya ves..... en mi situacion.....

—Creerías profanar tu amor por Luisa, verdad? ¡Pobre niño que eres! Sé hombre una vez, Mauricio, pálpate el corazón y responde con toda la franqueza y la lealtad de que eres capaz; un hombre en la situación que acabo de diseñarte ¿por quién debería optar? No vaciles.

—¡Por María!—contestó Mauricio haciendo un esfuerzo supremo.

—¡Tú dixisti!—exclamó con aire de triunfo Ramon.—Fuera ese aire triste, Mauricio! María te ama y tú has fallado en tu propia causa!

Mauricio se quedó estático.

Ramon le refirió en pocas palabras lo que había pasado entre él y María. Nuestro pobre artista creía estar soñando. En su alma luchaban encontrados sentimientos. Su amor á Luisa, idealizado hasta lo sublime; su compasión por la pobre María; el temor de que Ramon se estuviera burlando de él; la memoria de ciertas miradas, de ciertas acciones de la pobre modelo que estaban de acuerdo con lo que acababa de oír de boca de su amigo; todo contribuía á ponerle en un estado de angustia y de perplexidad imposible de describir. Su situación era de las más difíciles.

Largo rato guardaron silencio los dos amigos. Ramon no quería interrumpir el curso de los pensamientos de Mauricio. Este no encontraba palabras con que expresar lo que sentía, y aun cuando las hubiera hallado, la emoción que le dominaba habría embargado su voz.

Por fin, Ramon dijo á media voz á Mauricio:

—¿Qué piensas hacer?

—¿Me has dicho la verdad?

—Te lo juro por la memoria de mi madre.

—Me casaré con María.

—Bien, Mauricio, eres un hombre de corazón.

Los dos amigos guardaron silencio.

Ambos seguían su camino abandonados á distintos pensamientos.

Ramon creía haber hecho una buena acción y estaba satisfecho de sí mismo.

Para Mauricio se abría un porvenir nuevo, y veía á lo lejos algo como una luz brillante que tomaba por la felicidad.